«La novela española. 1700-1850», obra cumbre del maestro de hispanistas

Un libro imprescindible

SE me piden unas cuartillas para recordar a Reginald F. Brown, maestro de hispanistas recientemente fallecido: confieso que soy poco amigo de participar en estas necrologías (aunque las lea con interés); pero la insistencia de algunos buenos amigos y, sobre todo, el injusto silencio que, en general, la sociedad literaria y el mundo académico español han guardado en esta ocasión, me mueven a unir mi voz a este cordial recuerdo y homenaje que un grupo de santanderinos dedica a tan ilustre investigador, estrechamente vinculado a nuestra ciudad. No me es posible, en razón de la premura con que solicitan esta colaboración, repasar mis papeles y ficheros para confeccionar un ponderado recordatorio de lo mucho que deben al llorado profesor Brown los estudios de historia y crítica de la literatura española : ocasión habrá, en las misceláneas y homenajes que pronto irán apareciendo, de establecer el inventario de sus estudios y la valoración de sus aportaciones. Por mi parte, quiero recordar ahora sólo un libro, tal vez el más importante de los suyos, al que tengo especial respeto, aprecio y gratitud, desde que empecé a interesarme por la novela española del pasado siblo. Me refiero a su «La novela española. 1700-1850» (Madrid: dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1953).

Tengo a la vista un viejo ejemplar, amarillento y con inequívocas huellas de frecuentes consultas por parte de los alumnos de esta Facultad en la que enseño, y debo reintegrarlo enseguida a su lugar en los estantes de nuestra Biblioteca, ya que precisamente por estos días he vuelto a recomendarlo —como hago siempre en mis clases sobre este tema— y es de suponer que algún alumno interesado hará caso de mis orientaciones.

Tal vel sea ésa una prueba inequívoca de la vigencia de una aportación crítica o investigadora: que pasados más de treinta años, un trabajo siga siendo de consulta obligada (¿quién no

sueña con que suceda así con sus aportaciones?); a eso ha llegado este libro, «el libro de Brown», como solemos citarlo quienes nos ocupamos de este período de la narrativa española.

¿Qué es lo que tiene este librito (pues lo es, por su modesta presentación y sus poco más de doscientas páginas de pequeño formato) para que lo tengamos ya por un clásico, un instrumento de trabajo aún imprescindible para historiar la novela española del XVIII y XIX? Para quien no lo conozca, diré que es **simplemente** un catálogo minucioso y anotado, de novelas originales y de novelistas españoles, entre 1700 y 1850; catálogo precedido de una «Introducción» de treinta páginas, que constituye uno de los estudios fundamentales sobre la historia de la narrativa española. Pero, no lo olvidemos, éste es un libro de 1953; sin demasiada exageración podemos decir que los estudios sobre novela española están marcados por esta fecha: antes y después del libro de Brown.

En efecto, como él mismo recordaba en las líneas iniciales de su prólogo, «en la historia de la novela española se suele señalar una solución de continuidad que abarca desde los últimos cultivadores de la novela corta del siglo XVII hasta la aparición en un periódico madrileño de «La Gaviota», de Fernán Caballero, en 1849»; esto es, que, sorprendentemente, nuestra narrativa guardaba silencio durante más de 150 años y que, al historiarla, debíamos saltar, en formidable pirueta, de la picaresca al realismo pregaldosiano, y ello —observaba Brown— en una época en que la literatura europea conocía una brillantísima producción novelesca. En lugar de aceptar los tópicos convencionalmente admitidos y consagrados por el prestigio de maestros indiscutidos (la teoría de los frutos tardíos, el castizo realismo español, el peso del costumbrismo...) el maestro inglés se atuvo a los datos científicamente comprobables, que en la historia de la literatura no son otra cosa que los textos; es decir, los libros. Y ésta fue su aportación impagable: un minuciosísimo rastreo por manuales, bibliografías, catálogos de libreros, bibliotecas y archivos particulares y públicos de España, Inglaterra y Estados Unidos, que dio como fruto este inventario en que de manera irrebatible se demuestra que, independientemente de su calidad, la novela española no siguió el ya tópico ejemplo del Guadiana, sino que, a lo largo del Barroco tardío, el Neoclasicismo, la Ilustración y el Romanticismo, mantuvo su vitalidad y su atractivo para autores y lectores. De ello son prueba los 250 novelistas, los 450 títulos, las 740 ediciones aparecidas en muy distintas ciudades de España y el extranjero en esa etapa supuestamente silenciosa.

Pues bien, con ser tan fundamental, no se agota con la de ese catálogo la aportación del libro que nos ocupa; como dije, lo abre una breve y densa introducción (en cuyas líneas se vislumbran muchas horas de reflexión y un ejemplar esfuerzo de síntesis), en la que, además de justificar su investigación, exponer sus fuentes, métodos y resultados, explica el desarrollo histórico del género en la etapa que acota, con lo que se escribe, al fin, un capítulo hasta entonces en blanco en la historia de nuestras letras.

Ni que decir tiene que después de Brown, otros investigadores han transitado por la senda que él abrió: el primero, el también llorado José Fernández Montesinos, cuya «Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX» (Madrid: Castalia, 1955) —otro **monumento** de la historia del género— era, como el propio Montesinos reconocería, una consecuencia y complemento de las investigaciones del hispanista inglés; en una notable reseña al libro de Brown, publidada en la «Nueva Revista de Filología Hispánica», en 1956 (y recogida luego en sus «Ensayos y estudios de la literatura española») expuso Montesinos su opinión sobre aquella obra magistral, al tiempo que señalaba algunas discrepancias de interpretación y ofrecía correcciones al catálogo: todo ello como explícito homenaje a una obra que tenía por fundamental.

Más recientemente nombres como los de Buendía, Ferreras, Zavala, Romero Tobar, han venido a sumarse a la empresa que Brown emprendió hace treinta y dos años y que, como todas las verdaderamente científicas, nunca deben darse por concluidas. Pero ahí reside una —tal vez la principal— de las grandezas y servidumbres de la investigación histórica: mucho ha sido lo que, desde 1953, se ha trabajado en este campo, muchos los datos que completan, corrigen o sustituyen los del libro que recordamos; nuevas interpretaciones se han formulado a propósito del tema que allí se desbrozaba. Es posible, incluso, que alguien tenga a éste por un libro **superado.** No me extrañaría —aunque carezco de datos— que si el propio Brown hubiese tenido ocasión o ganas, habría sometido su obra a una rigurosa corrección. Pero, en sus líneas generales, en los más de sus datos, en el sentido último de la tesis que pretendía demostrar, lo fundamental de «La novela española. 1700-1850» sigue vigente; de ahí que, «superado» o no (poco valdrá una investigación que no provoque o merezca la superación), es éste un libro imprescindible: porque todo aquel que entre en ese terreno, inexcusablemente, habrá de servirse como guía de las enseñanzas de aquel librito de 1953.

— — — — —

José Manuel González Herrán es profesor de Literatura Española en la Universidad de Santiago de Compostela.

Un colectivo de 27 artistas cántabros denuncia la gestión del Museo Municipal y del Concurso Regional de Pintura y Escultura

Notas para una reconversión

Aprovechando la oportunidad que nos da la realización del Concurso Regional de Pintura y Escultura 1984-85, nos disponemos, por el derecho y el deber que tenemos como colectivo interesado y ciudadanos de una comunidad, a dejar claros una serie de puntos sobre la marcha cultural de nuestra tierra.

Comenzamos por el problema más acuciante, la inexistencia de facilidades que da la Administración a personas con inquietudes creativas y culturales, poniendo trabas burocráticas y otras zancadillas; queremos que esta gente tenga las puertas abiertas de par en par, pretendemos que se facilite el diálogo con la Administración, recordando que, en toda «empresa» (léase Administración), toda «inversión» realizada (léase Facultades, escuelas, exposiciones, becas, etc.) tiene que traer implícita una «amortización» (léase prestigio nacional/internacional de nuestros paisanos, culturización popular, etc.). Si no es que «la empresa» tiene agujeros y hay que «reconvertirla».

Habiamos en términos empresariales, para ver si de esta forma vamos cambiando de una vez y salimos de este gueto-aldeano en el que nos han metido, retornándonos al ejemplo de otras comunidades autónomas.

No pedimos, aunque no estaría nada mal, la creación de nuevos centros de difusión cultural, pero exigimos que los pocos que hay funcionen con un mínimo de garantía, que su prestigio requiere.

Y ya que el Museo Municipal de Bellas Artes, por desgracia, no es autónomo, depende de los que en ese momento estén en el poder, exigimos la creación de un equipo técnico competente, que se encargue de la selección digna de obras para su exposición y adquisición. Estos, y nada más que ellos, con el asesoramiento de los artistas, serían los encargados del funcionamiento del museo.

Que mal que les pese a muchos, es una institución fundamental en la vida cultural de una comunidad. Porque somos conscientes de la falta de coherencia en la selección de lo expuesto en sus salas. Y nosostros, señores, pedimos coherencia y profesionalidad, lo mismo que el colectivo de artistas de Cantabria la tiene y la afirma día a día.

Es lamentable cómo se ha abandonado el fundamental carácter activo del Museo. Creemos trasnochada la concepción que se tenía y se tiene, en algunos casos, de la labor de dirección de un museo. Resulta ofensivo para la cultura el que algunos museos sigan bajo las direcciones de funcionarios grises, con mentalidades retrógradas, y sin ninguna conexión profesional sobre lo que nos ocupa, y para más inri, obstaculizan el trabajo de gentes con savia nueva. Encima, no soportan la más mínima crítica a su gestión; crítica de la cual tenemos el derecho y el deber de hacer como autores de la historia de nuestra tierra.

No se puede aguantar más que, bajo su cargo burocrático-político, hagan y deshagan, sin dar explicaciones, lo que les viene en gana con los fondos públicos.

Señores, la vida cultural de Cantabria no se llena con un concurso que raya lo provinciano, y que quede claro que no atacamos a los concursos hechos con un mínimo de respeto, con unas bases actualizadas y jurados competentes, sino que nos parece que la época del conservadurismo ignorante y mediocre tiene que llegar a su fin. Que los eternos hombres grises manejando el dinero de los demás, en sus ceremonias pretenciosas, aprovechándose de su poder de un día, tienen que acabar.

Señores, ¡cuánta hipocresía!, después de un tiempo de esperanza, donde se soñaba con que la cultura autónoma iba a ser más objetiva con la realidad cultural de su territorio y sus gentes.

— — —

Colectivo de Artistas Cántabros

Blanchard Giménez, Antonio (pintor), 13.677.849; Leonardo Setién, Rafael (artista), 13.714.397; González Sainz, Emilio (pintor), 13.910.560; Fernández Saro, Manuel (artista), 13.736.971; Nazario Bengoechea, José Luis (pintor), 13.747.654; Cueto Puente, María Jesús (artista, profesora de Bellas Artes), 13.690.852; Toelli, Massimiliano (artista), Pte. M. 217.887; Gómez Ruiz, Juan (artista, profesor de Bellas Artes), 13.897.811; Lastra Fuentecilla, José Antonio (artistero), 13.748.322; Villanueva Pérez, Montserrat (artista), 13.737.554; Blanco del Piñal, Teresa (artista), 13.664.842; Carpintero, Miguel Enrique (profesor-escultor), 13.708.988; Navarro, Alfredo (profesor), 13.688.008; López Ortega, María Pilar, (profesora de música), 13.104.831; Castanedo, Víctor J. (artista), 13.718.069; Velasco, J. L. (artista), 13.703.558; Herrero Irizábal, Jesús (músico), 13.723.618; Hidalgo Tejerina, Jesús (escultor), 13.895.075; Toca Diego, Angel (pintor-grabador), 13.728.540; Muñoz, Alberto (maestro-pintor), 13.890.114; Domínguez, Manuel (pintor), 13.888.282; Pérez Natural, Santiago (artista), 13.890.784; Poo A nezarráin, Francisco (pintor), 13.894.612; García Seco, Manuel (profesor de Bellas Artes, pintor); Varea, Carlos (pintor-profesor), 13.713.927; Cuevas, Celestino (pintor-profesor), 13.977.576; Pueyo, Alberto (diseñador), 14.959.064.